

COMO ASESINAR EN LA EDAD MEDIA Y SER DESCUBIERTO SETECIENTOS AÑOS DESPUÉS

HÉCTOR ALONSO*

En los comienzos del siglo XIII, Cangrande della Scala (1291-1329) era el hombre fuerte de Verona, temido por sus instintos conquistadores en todo el Veneto. Cuando el 18 de julio de 1329 entró con sus tropas en la cercana ciudad de Treviso, se produjo un cierto estremecimiento en localidades vecinas y algunas más distantes. Ya Padua y otras era conquistas logradas. Cangrande era un gran guerrero y un político ambicioso. ¿Adonde podía, o quería, llegar?

No importó, sin embargo, su reciente marcha triunfal, porque dos días después estaba muerto. Un episodio de vómitos y diarrea, atribuido a haber bebido agua de un arroyo cercano, terminó con sus días y sus ambiciones. Fue trasladado con gran pompa a Verona y enterrado en la iglesia Santa María Antigua, movido luego sus restos localmente en busca de alojamiento adecuado a su rango y finalmente recibido lo que parecía final sepultura en el pórtico de la iglesia, celebrado con un monumento, que se conserva, en el que se lo ve a caballo y con su completa vestimenta, dispuesto para una justa de torneos caballerescos en la eternidad.

No parece esta una historia excepcional para aquella era de ciudades - estado, autocráticos príncipes de la guerra y condiciones sanitarias primitivas. Pero lo que siguió, algunos siglos después, da comida para el pensamiento y produce una historia a la que la pátina del tiempo convierte en sórdidamente encantadora, tal como una novela policial de humor negro. Además permite celebrar el emprendedor espíritu y la insaciable curiosidad de los científicos. Y llegar, con algo de, pero no total, sorpresa, a la irrefutable verdad.

En Febrero de 2004, científicos italianos abrieron la tumba de Cangrande con el objeto de realizar en sus restos estudios multidisciplinarios.¹ La “momia natural”, nos dicen, estaba en buen estado de preservación, luego de setecientos años, vestida con su mejores atavíos para la ocasión. El cuerpo fue sometido a “estudios arqueológicos, paleopatológicos, palinológicos, toxicológicos e históricos”. Sin necesidad de abundar en detalles sobre material y métodos, suficiente decir que se realizó una autopsia con las incisiones correspondientes, estudios radiológicos, incluyendo una tomografía computada, e histopatológicos. Sabemos que el hígado mostraba una aceptable conservación, pasible de estudios apropiados, que había materia fecal en el recto, y que la columna vertebral del joven Cangrande mostraba incipientes huellas de desgaste y artrosis. No en vano el Señor de Verona era hombre de a caballo.

Además, se realizaron profundos análisis palinológicos según principios establecidos, y toxicológicos extendidos en diferentes muestras provenientes de diversos tejidos del cuerpo y pelo, del hígado y materia fecal.

El trascendental paso dado sobre los restos mortales de un importante actor de las luchas políticas del medioevo italiano no fue al acaso. Desde el principio habían corrido rumores de juego sucio, más específicamente de envenenamiento. Ahora, en el siglo XXI, la verdad histórica podía ser servida. La ciencia reescribiendo la historia.

A los solos efectos de completar la historia clínica, se puede incidentalmente mencionar que, además de sus lesiones degenerativas articulares, Cangrande

* Correo electrónico: drhectoralonso9@gmail.com

1 Fornaciari G., Giuffra V., Bortolotti F., et al; *A medieval case of digitalis poisoning: the sudden death of Cangrande Della Scalla, lord of Verona (1291 – 1329)*; *Journal of Archeological Science* 54 (2015) 162-167.

mostró importante antracosis, causada quizás porque el entusiasta pero rudo conquistador produjo demasiados incendios en pueblos y ciudades y también en batallas campestres o bosques, una cicatriz en tejido pulmonar que hace sospechar algún encuentro, por fortuna pasajero, con la tuberculosis, y una anunciadora placa pequeña de arterioesclerosis en la aorta torácica. Pero lo más importante tomó otro cariz, alejado de los hallazgos patológicos incidentales y en todo caso “naturales” para un hombre activo de 38 años viviendo en el medioevo.

Los estudios palinogénicos mostraron abundancia de material, en forma de granos de polen de chamomille, black mulberry y otros, en buena cantidad, cuidadosamente cuantificadas. En el estudio, se identificaron algunos granos de polen de digitalis, probablemente purpúrea, una planta silvestre muy difundida en toda Europa.

Los estudios toxicológicos fueron más provechosos, en realidad, definitivos. Se encontraron en pelo, hígado y heces trazas de *passiflora* y *artemisia*, dos conocidas plantas medicinales de la época, y también *santonina*, que Cangrande pudo haber recibido en distintos momentos de su vida con fines terapéuticos. Pero, más significativamente, los análisis inmunoquímicos demostraron cantidades elevadas de compuestos similares a digitoxina y digoxina, dos conocidos glicósidos de la digital. Ambos fueron identificados en concentraciones definitivamente tóxicas. Considerando la degradación natural de la sustancia a lo largo del tiempo, los investigadores infieren que al momento de la muerte la concentración de los dos compuestos de la digital encontrados en diversos tejidos, debió alcanzar niveles letales. El cuerpo de Cangrande della Scala había mostrado inequívocas huellas de intoxicación mortal por productos de una planta de la que se conocían, empíricamente, sus graves riesgos para la salud.

¿Cómo llegó la digital a Cangrande? Considerando los datos conocidos y los hallazgos de la retrasada autopsia, el gran hombre, acuciado por algún trastorno digestivo, recibió el tratamiento tradicional para el momento histórico, algunas pócimas de carácter artesanal. Se sabe que estas eran preparadas, según formulaciones personales, quizás celosamente guardadas, por boticarios, herboristas o médicos, o, si acaso, idóneos ad hoc, producto seguramente de infinitos episodios de *trial and error*, este último a veces de infelices consecuencias. Es sabido que, hacia el siglo XIII, los boticarios, ya establecidos como profesión, conservaban muestras de distin-

tos elementos cuidadosamente clasificados, listos para ser combinados según aconsejaban las circunstancias y la experiencia personal. Así la pócima que se le alcanzó a Cangrande para apurar su curación, contenía cantidades mortales de glicósidos de la digital, los que, en su etapa aguda, producen síntomas como los descritos en el enfermo, probablemente obtenidos de la elaboración de una bebida con hierbas de distinto tipo, pero además con flores y hojas de digital, seguramente estas en mayor cantidad que aquellas. Elegante, porque las hojas contienen más glicósidos, el principio peligrosamente activo del conjunto.

Quien preparara la cocción, no podía tener inconvenientes en obtener digital. Esta planta silvestre, para nosotros dedalera, para los anglosajones *foxglove*, por sus lindas flores violáceas en forma de dedal, crecía libremente por toda Europa (luego transplantada a América). En la época apuntada se le reconocían vagas propiedades terapéuticas pero se tenía conciencia de muy concretos riesgos de toxicidad. Así, la digital solía utilizarse en algunas de las muchas formas de ordalías, una muy medieval variante de juzgamiento en la que se sometía al reo a alguna prueba (fuego, agua, veneno) particularmente horrible y riesgosa, de la que sólo saliendo indemne podía ser declarado inocente. Después de todo, los beneficios reales en terapéutica humana de la digital, nos dicen todos los textos, los descubrió James Withering en el siglo XVIII, todavía a una larga distancia de Cangrande y su momento fatal. En el estado de los conocimientos herbolarios del lugar y las circunstancias ¿cuál sería el sentido de agregar un tóxico reconocido a la cocción que se preparaba para curar al gran hombre de su aguda enfermedad?

Repasemos las posibilidades, con disculpas a Hercule Poirot. La pócima fatal pudo haber sido simplemente un accidente. Alguien confundió las hojas de digital con alguna planta inocente de toda inocencia. La muerte, entonces, un error fatal. *Errare humanum est*. Este tipo de confusión, aún en manos de herbalistas calificados, se daba al parecer ocasionalmente. Parecería sin embargo al menos descuidado aceptar un “técnico” sin pergaminos para un Cangrande, o lo suficientemente distraído como para tomar el frasco equivocado. O pudo tratarse de un asesinato bien calculado.

Los glicósidos de la digital han sido tradicionalmente, sobretodo en las novelas policiales, pero algunas veces en la vida real, armas favoritas de los envenenadores. La imagen de la dulce mujer administrando amo-

rosamente a su esposo gotitas prescritas por el amable y competente doctor, probablemente su amante, o si se prefiere, con los sexos invertidos, ha recorrido las pantallas de los cines y las páginas de novelas policiales por años. Y seguramente, con muy probable impunidad, la vida real. Un buen veneno, la digital.

Basados en referencias de la época en la que sucedieron los hechos, tanto históricas y anotadas como otras originadas en cargados y duraderos rumores, parece preferible, como lo hacen los investigadores responsables de los hallazgos referidos, interpretar el infausto suceso como un acto criminal. El motivo, pivote siempre central en la investigación criminal, abunda a ojos vista. Era evidente que las ambiciones expansionistas de Cangrande preocupaban a algunos y malquistaban a otros. Era seguramente reverenciado, temido y odiado, según el caso. Y había otros hombres igualmente poderosos en la Italia medieval, que miraban sus andanzas con el ceño

fruncido. Quitarlo del medio podía significar paz, o la posibilidad de ocupar su lugar (lo que ocurrió) o sustituirlo en el rol de conquistador. Uno menos en el tablero de la lucha por el poder. Quizás conquistar Treviso, fue, después de todo, una mala idea.

¡Quién fue el ejecutor del infortunado Cangrande, el que produjo la pócima fatal con sus, quizás, temblorosas manos? No se sabe. Sí, nos indican, con económica reticencia, que el médico que asistió a Cangrande murió en la horca.

Desde su estatua ecuestre en el Museo del Castellovecchio en Verona, Cangrande nos mira con sonrisa seráfica. ¿Es que sabe algo que nosotros ignoramos?

Agradecimiento. El autor agradece al Dr. Carlos Lovesio la cesión de la referencia bibliográfica base del texto.

“Uno de los primeros deberes del médico es educar a las masas a no tomar medicamentos.”

WILLIAM OSLER (1849-1919)

“Un médico atendiendo al paciente con delicadeza, con ternura, libre de prejuicios y creyendo en la solidaridad de la raza humana, está alabando a Dios.”

ABDU 'L BAHÁ (1844-1921)